

HOMILÍA DEL SUPERIOR GENERAL, P. DOMÉNICO SÓLIMAN, EN LA APERTURA DEL 24º CURSO DE FORMACIÓN DEL CARISMA

Esta celebración eucarística señala el comienzo para un nuevo año del Curso sobre el Carisma de la Familia Paulina. Es el primero tras la pandemia y coincide con el cambio de sede, que ahora será en este conjunto de Alessandro Severo. Para vosotros, los cursillistas, se abre la perspectiva de un año especial, una vez llegados a Roma para vivir una experiencia que no es sólo de estudio, sino también de vida compartida. ¡Quién sabe cuántos pensamientos, deseos y proyectos presentaréis al Señor en esta Eucaristía!

Es un año especial, un tiempo de gracia, un camino de Familia Paulina. Os reciben nuestro Fundador, el beato Santiago Alberione y la venerable Tecla Merlo, en nombre de cuantos abrieron camino a esta aventura hace ya 108 años.

«Despojaos del hombre viejo, de su anterior modo de vida... y revestíos del nuevo». Son palabras de san Pablo (cf. Ef 4-22-24), dirigidas hoy a nosotros. El Apóstol está explicando que hay comportamientos inasumibles por el bautizado; en efecto (cf. Col 3,5), se trata de dar muerte a todo lo terreno: la fornicación, la impureza, la pasión, la codicia y la avaricia, que es una idolatría. El cristiano vive como persona nueva, renovada, trasformada por la Pascua de Jesús: ¡todos hemos resucitado con Él! Por tanto, la vida queda centrada en Quien nos hace libres, nos rescata de un vivir mundano y nos hace nuevos, discípulos suyos. Pablo recuerda todo esto a los cristianos de Colosas, porque es fácil olvidarse de que precisamente Jesús nos ha salvado de una vida arrastrada en estas esclavitudes, fruto de un corazón enfermo. Pertenecemos ya al Maestro y ahora podemos decir que «Cristo lo es todo, y en todos» (Col 3,11).

«Cristo lo es todo, y en todos» expresa también el sentido de nuestra llamada. Son palabras que nos ayudan a ir al corazón de la espiritualidad paulina, centrada en Quien es Camino, Verdad y Vida, que desea habitar en nuestra mente, voluntad y corazón. Desea vivir, pensar, obrar, amar, querer, orar, sufrir, morir y resucitar en nosotros (DF, 170). Esta iluminación, recibida del P. Alberione como don, ha alimentado la vida y la misión de la Familia Paulina. El Primer Maestro puso en el centro de su vida al Cristo total, que ansía ser todo en todos. El anhelo de Jesús es también el nuestro y nos hace apóstoles. Ese anhelo nos cambia, nos transforma, nos asimila a san Pablo, a san Pedro en vosotras Pastorcitas, nos apasiona por el pueblo de Dios al que dedicamos todas nuestras energías para que llegue al conocimiento del Hijo de Dios y entre en vital relación con Él.

En estos meses podréis ver con más profundidad la vida de nuestro Fundador, sus escritos, su fecundidad apostólica; conoceréis mejor el proyecto integral de la Familia Paulina, el sentido de nuestra presencia en la Iglesia y en el mundo... No deis nada por descontado, dedicaos a este estudio, viviendo a la vez una experiencia de comunión entre vosotros. Pidamos el don del Espíritu para que fecunde este tiempo y engendre en vosotros algo nuevo en vista de vuestra misión. Porque, en definitiva, o engendramos la vida de Dios en nosotros para el bien de su pueblo o perdemos el tiempo y desaprovechamos los dones recibidos.

La palabra del Evangelio (cf. Lc 10,29-37) nos viene en ayuda con una parábola para señalarnos una relevante actitud espiritual: ¿quién es mi prójimo? Esta pregunta podríamos hacérsela al sacerdote que pasa de largo, como también al levita y al samaritano. Cada uno de ellos tiene una diversa visión del moribundo, del prójimo necesitado y de cómo vive la solidaridad. Ello vale

también para nosotros, Familia Paulina, y para cada uno. En base a esa visión, a esa mirada se hacen las opciones. Jesús alaba la actitud del samaritano, bien descrito con peculiaridades por el evangelista Lucas, mostrándonos cuanto está dispuesto a hacer por aquel hombre medio muerto. La “visión” del prójimo, de la humanidad, de la creación, de la vida paulina, del carisma es lo que va a ocuparos durante este año de estudio. La familiaridad con el beato Alberione os ayudará a “ver” o a daros cuenta de que también hoy nos topamos con una humanidad menesterosa, necesitada de ayuda, de alguien que la tome a su cuidado. En definitiva, el Samaritano es Jesús: es Él quien siente compasión, se acerca, carga al herido en la propia cabalgadura, lo lleva a la posada, le atiende y anticipa incluso dos denarios. Son fuertes las palabras de Jesús al final de la parábola: «Anda y haz tú lo mismo».

Tenéis delante un año a la escuela del divino Maestro, en el corazón de quien es el Buen Pastor. Podemos decir que “Cristo lo es todo, y en todos” cuando alguien, mirándonos a la cara y percibiendo cuanto vivimos en nuestro apostolado, vea no nuestro rostro sino el de Cristo. Entonces podremos considerar verdaderas para nosotros las palabras de san Pablo: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20).

Roma, Sotocripta del Santuario María Reina de los Apóstoles, 3 de octubre de 2022

P. Doménico Sólman
Superior general